

## Contra<sup>1</sup> uranismo o la diferencia apoyada en una letra<sup>®</sup>

Gabriela Rodríguez

*...el impasse sexual secreta las ficciones que racionalizan el imposible del que ellas  
proviene.*  
Jacques Lacan<sup>2</sup>

### I.

Un objeto anacrónico, un objeto presumiblemente obsoleto que se volviera paradigmático del siglo XX teniendo en cuenta las discusiones que desató y los discursos que se agitaron en su derredor, y que incluso recientemente, en noviembre del pasado año fue puesto en crisis abordado en términos de “paradigma epistemológico” en los salones de unas jornadas organizadas por la Escuela de la Causa Freudiana de París, que llevaron por título “Mujeres en psicoanálisis”. Me refiero a la intervención de Paul B. Preciado<sup>3</sup> y a ese objeto escurridizo, la diferencia sexual.

Comienzo por hacer una aclaración de método: considerar anacrónico a este objeto bajo el modo que le imprime el crítico Georges Didi-Huberman a la noción de anacronismo, supone que “...no es evidente que la clave para comprender un objeto del ‘pasado’ [que quisiera entrecomillar] se encuentre en el pasado mismo, y más aún en el mismo pasado que el del objeto”.<sup>4</sup> Este objeto, desde luego, tiene una historia en un “pasado”, más que recentísimo, un movimiento que le ha sido propio y que los feminismos de distintos signos se encargaron de repasar, pero su especificidad “...no aparece en la historia [la que de él se puede hacer o la que hace de él un analizante en la experiencia de su análisis] sino como síntoma”, siguiendo al crítico mencionado, como “malestar, desmentida, suspensión”.

Con este presupuesto, podrán leerse de otro modo las afirmaciones sostenidas por Preciado en las jornadas mencionadas y coincidir en que “la epistemología de la diferencia sexual [a la que concibe como máquina performativa] está en plena mutación”, aunque no adscribamos a la mutación que queda indicada en su intervención. La palabra, mutación, que modaliza el estado de la diferencia sexual, no es una palabra cualquiera cuando entroniza el plano electivo en que esta tendría lugar, a saber, curiosamente la vuelta de la anatomía, vuelta “política y sexual”. La posibilidad de que la anatomía tome ese destino, ni Freud la hubiera imaginado, depende sumariamente del uso de la biotecnología y desde ella, por qué no decirlo, fabricar una política sexual. La clave de tal horizonte es el “cuerpo humano vivo” comprendido por fuera de la “asignación sexual o de género”, tal como lo postulara Fabrizia Di Stefano<sup>5</sup> un “*corpo senza qualità*”, tabla

---

<sup>®</sup> En la edición impresa de la revista *Enlaces* N° 26 continúa esta Sección donde encontrará el siguiente texto relacionado con el tema del género: “Cuerpos trans” por Alejandra Antuña.

rasa apta para traducir la “multiplicidad radical del viviente”, o bien, en el ascenso al exenofeminismo,<sup>6</sup> directamente, el cuerpo nos es presentado como tecnología abierta a la mutabilidad de su materialidad biológica, sobre el que operar como un *hacker*. Propuesta como perspectiva feminista para el nuevo siglo asentada sobre la “transformación corporal emancipatoria y autodirigida”.<sup>7</sup>

Resumiendo, el régimen de la diferencia sexual que no es “ni una naturaleza ni un orden simbólico”, nos dice Preciado barriendo con décadas de discusión en el campo feminista (algo que Freud había anticipado a su modo),<sup>8</sup> constituye una epistemología política del cuerpo, histórica y cambiante que “cede su lugar”. Aquella epistemología “binaria y jerárquica” –son sus términos que aplaude el auditorio– fue puesta en crisis promediando los años 40 tanto por las luchas de las minorías sexuales (disidencias), como por la “aparición de nuevos datos morfológicos, cromosómicos y bioquímicos, que vuelven imposible la atribución sexual binaria”, hasta aquí lo central de su desarrollo.

Ahora bien, es ese viviente del que habla Preciado, del que “se habla”, y de allí que Lacan pudiera reconducir la asignación de género al terreno de lo que se dice del sujeto, “se los distingue”, ciertamente “en función de criterios formados bajo dependencia del lenguaje”,<sup>9</sup> operación que hace aparecer la anatomía como “realidad inicial” (aquí Lacan es anticipadamente butleriano). Pero ese viviente, a la vez, por el hecho de ser el mismo hablante, podrá o no acomodarse a lo que se dice, e incluso, respecto de ese real apuntado por el decir, podrá equivocarse su alcance, forcluir sus límites.

De allí que para Lacan no sea “por la multiplicidad de seres existentes que llegaremos al sexo, eso no es sino velar la cuestión, escamotearla”,<sup>10</sup> haciendo del sexo el instrumento de unos efectos que se encontrarían allí “justificados por su teología”, arriesga Lacan, vale decir, por las creencias en esas ficciones secretadas que adelantaba el epígrafe. “El sexo, en su esencia de diferencia radical permanece tachado y se rehúsa al saber”.<sup>11</sup>

Lo que está en todas partes multiplicado como géneros y que no está en ninguna parte porque escapa volviendo inestable cualquier categorización, comporta el nudo por el que “hay al-menos una- diferencia como punto de partida ‘para sostener lo natural’”,<sup>12</sup> que de otro modo haría de lo real un continuo en lo imaginario. El ser hablante está obligado a pasar por el símbolo para sostenerse (un *a,b,c* lacaniano) y si bien es cierto que la llamada función fálica que lo articula no los hace diferentes, “eso no quita que debamos buscar la diferencia en otro lugar”,<sup>13</sup> Lacan *dixit*.

## II.

Joan Copjec había descrito la “inquietante sensación”<sup>14</sup> precipitada por la adopción de la categoría de género, la que marca un alejamiento de la noción de diferencia sexual, “...la diferencia sexual se consideró dudosa y fue en gran parte abandonada [por algunos feminismos] en favor de la esterilizada categoría de género”, dice Copjec, y “esterilizada” aquí refiere a la proeza de quitarle el sexo al sexo a partir de un desanclaje del sexo respecto de los cuerpos, operación que fuera consumada por “el género en

disputa” de Judith Butler, y que, aunque desandada en su siguiente “cuerpos que importan”, ya había hecho su agosto.

Si la diferencia sexual se volvió problemática por redundar en un heterosexismo obligatorio, la pregunta simple: ¿por qué debe haber dos géneros de personas y no un número infinito de ellos?,<sup>15</sup> prepara el “estallido del género” que propaga sus efectos: hibridación, multiplicación. El argumento de Copjec, en sintonía con el de Lacan pero también cercano a otras feministas como Rossi Braidotti, sostiene que la pregunta así formulada elude la única manera de llegar a la ambicionada diversidad, sucintamente, a través de la división que el sexo introduce. Con Paul B. Preciado se diría que el sexo retorna a los cuerpos (que configuran algo así como un campo de operaciones), pero rebajados a su materialidad y en articulación con todos los objetos provistos por la civilización que, anexados al cuerpo, lo convierten en un objeto susceptible de ser íntegramente manipulado para maximizar el goce (fuera de las jerarquías, las clasificaciones o cualquier operación que asignáramos a lo simbólico).

### III.

Con el sintagma “Unarismo lacaniano” Eric Laurent<sup>16</sup> recoge la impugnación dirigida al psicoanálisis tachado de permanecer en el campo del binarismo sexual, pero como “nada es más peligroso que las confusiones que atañen al Uno”,<sup>17</sup> según advierte Lacan, es oportuno desplegarlo para que no se convierta en nuestra piel de zapa (la del psicoanálisis). El re-ordenamiento de las mismas letras hace la diferencia montando una operación sobre el uranismo de Preciado y su inspiración ulrichsiana, invención que evoca el “tercer sexo” introducido por el espectro *trans*. Karl Henrich Ulrichs, jurista alemán, había propuesto el término “uranista”, en 1864, para designar el amor homosexual, el caso en que el “alma de una mujer se une al cuerpo de un hombre –*anima mulieris in corpore virile inconclusa*–”,<sup>18</sup> inspirado en la intervención de Pausanias en *El Banquete*<sup>19</sup> de Platón, quién deduce que hay más de un tipo de amor por el hecho de que hay más de una Afrodita. Pero Preciado, que se vale de aquel término, presentará a los “uranistas” más bien como “supervivientes” de la tentativa sistemática y política de “infanticidio” que refiere al “se los distingue” al que hacíamos referencia, ahora leído en clave criminal, como “intento [de] matar... la multiplicidad radical de la vida”,<sup>20</sup> hasta incluso hacer zozobrar “el deseo de cambiar los nombres de todas las cosas”; de las prácticas sexuales, por ejemplo, conocemos la vocación nominalista por las siglas en expansión de ese movimiento. En suma, “uranista” aparece en algún sentido como antinómico de la jaula del lenguaje, del efecto discriminador que es lo propio de su naturaleza, un efecto que a su vez se intenta sortear en una suerte de gesto adánico por el que se nombra la jaula que se habitará, ahora auto-asignada (por “elegida y rediseñada”). De hecho, *Un apartamento en Urano*, el planeta invocado en el título de su último libro, figura un lugar fuera de la tierra –reino de los hablantes estaríamos tentados de decir– lejano y etéreo en el que habitan los no afectados por la marca sexual. La mitología de auto-engendramiento invocada “sin inseminación ni apareamiento” (Urania concebida sin madre, refiere

Pausanias basándose en la *Teogonía* de Hesíodo) remeda por anticipado la modalidad *do it yourself* de la mano de las tecnologías de reproducción y la transformación del cuerpo.

Volviendo a Laurent, con la operación de diferencia apoyada en una letra se entroniza el Uno radical de lo que es para cada sujeto la experiencia del sexo, hasta ese punto donde ya no puede decir más, falla por la que se escribió la letra (*troumatisme*, lo llama Lacan) de cuyos efectos nominativos, no sin las experiencias del cuerpo que produce, nos anoticiamos en los análisis.

Para situar el Unarismo, Laurent va a retomar un pasaje del *Seminario 19* en el que Lacan se refiere al *Segundo sexo* de Simone de Beauvoir,<sup>21</sup> precedido por la espinosa pregunta acerca de si somos hablantes a causa de lo que ocurrió con la sexualidad o lo que le ocurrió a la sexualidad es porque somos seres hablantes; asunto que se abstendrá de zanjar y lo deja a nuestro cargo. En ese pasaje, somos conducidos a lo mínimo que sabemos de la sexualidad, aunque más no sea por la experiencia, y es que los sexos son dos. Sin embargo, y aquí la cosa se complica, lo que prueba que no hay segundo para el sexo es la entrada en función del lenguaje que irrealiza al *partenaire*. Dicho así, ciertamente no deja de constituir un enigma, el dos de la experiencia no hace al segundo, sigue siendo uno que escapa al lenguaje a la vez que por su intermedio se presenta inexorablemente Otro, *héteros*, lugar de la palabra vaciado de ser, y también seguramente, vaciado de su referencia a la heterosexualidad, porque no es privilegio de ningún sexo. Sin embargo, para que haya “fundamento del sexo”<sup>22</sup> hace falta que sean dos, vuelve a insistir Lacan.

A raíz de este mismo pasaje, Marie-Hélène Brousse en otro lugar se pregunta: “Entonces, ¿dos o no? La ley de la diferencia, que es la ley de la articulación S<sub>1</sub>-S<sub>2</sub>, ¿sigue siendo válida?”<sup>23</sup> para situar la diferencia, agregaríamos. Y es Lacan quien responde para desvanecer la confusión que nos devolvería a un simple binarismo, por más que el *Huno* y el *Hotro* sumen dos en el plano simbólico (uno y cero respectivamente), en contrapartida, lo real, nivel de la existencia, se distingue de la diferencia que instituye la articulación significante, es fundamental “disimetría”, para retomar un término freudiano, la que especifica al ser en tanto ser sexuado.

El *Seminario 19* –antesala de las fórmulas de la sexuación– es el escenario de irrupción de esa *cosa* extraña, el Uno del Unarismo a distinguir de otros unos, por constituir la “diferencia”,<sup>24</sup> que desarma el par de la oposición sexual proponiendo una perspectiva que, sin embargo, no desconoce las chicanas del lenguaje y su operación binaria.

#### IV.

En un epílogo provisional, podríamos considerar entonces las perspectivas que se abren en torno de lo real de una diferencia llamada sexual. El “unarismo” fuga, por así decir, al “tercer sexo” abriendo un espectro de coloraciones múltiples con las que “ambiciona trascender los límites de una lógica binaria al nivel de la identificación

sexuada”,<sup>25</sup> lo hacía ver Graciela Musachi; tal empuje tiene lugar en “la época en la que lo múltiple ha tocado el Uno”.

Paul B. Preciado, el gran Houdini de las jaulas lenguajeras, se aprovecha de las mutaciones propiciada por la tecno-ciencia respecto de la relación con el cuerpo que se tiene, para tratarlo como “interfaz tecno-orgánica”,<sup>26</sup> promoviendo una verdadera “reeducción corporal postraumática”<sup>27</sup> abierta a la múltiple de lo vivo (sobre este punto se podría decir más, lo dejo aquí). Esta gesta, especula Laurent, podrá eventualmente sumar una letra a la conspicua serie GTLBIQ..., su más reciente propuesta “Somateca”,<sup>28</sup> que hace del cuerpo colección, recogerá seguramente en calidad de archivo esta novedad.

Por su parte, el Unarismo lacaniano responde más al imposible del “no hay relación sexual” que a ese orden de lo sexual que se pretende reacio a la binariedad. Con el último aliento en el final de su Seminario,<sup>29</sup> Lacan ironiza sobre la posibilidad del “tercer sexo”, a su juicio ¿por qué hay dos? se explica mal.

La discusión sobre la diferencia sexual, con Lacan, se renueva, da lugar a un capítulo que revisita las fórmulas de la sexuación, no sin el asedio de los desarrollos precedentes. Ocurre que estas fórmulas, aparentemente construidas sobre la oposición sexual, contribuyen a desarmar el mismo instrumento que se ha utilizado para su construcción, vaciándolo de esencialismo, a excepción del goce. La diferencia, que interesa todavía, no asegura ninguna identidad ni se disuelve en mera apariencia, señala ese singular anacrónico no reducible a la historia del discurso, ni del sujeto, que hace existir un régimen renuente a la marcha del universal al que obstaculiza; tal régimen que no procede de, ni por la traza clasificatoria, alude a un cuerpo definido como lugar de la marca, que no escribe el todo del goce, por eso regresa para estorbar cualquier utopía fundada en la funcionalidad del cuerpo.

## Notas

<sup>1</sup> “Contra”, tomado en su segunda acepción, indica que algo avanza en dirección contraria al medio en que se mueve.

<sup>2</sup> Lacan, J., “Televisión” (1973), *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., 2012.

<sup>3</sup> Paul B. Preciado, Intervención en las Jornadas N° 49 de la École de la Cause Freudienne “Mujeres en Psicoanálisis”, 17 de noviembre de 2019.

<sup>4</sup> Didi-Huberman, *Ante el tiempo*, Adriana Hidalgo editora, Bs. As., 2008, p.16.

<sup>5</sup> di Stefano, F., *Il corpo senza qualità. Arcipelago queer*, Cronopio, Nápoles, 2010.

<sup>6</sup> Hester, H., *Xenofeminismo. Tecnologías de género y políticas de reproducción*, Caja negra, Bs. As., 2018 p. 135.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 17.

<sup>8</sup> Freud, S., Conferencia 33, “La femineidad” (1905), *Obras Completas*, Vol. XXII, Amorrortu, Bs. As., 2001, p. 106.

<sup>9</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro 19, ...o peor*, Paidós, Bs. As., 2012, p. 16.

<sup>10</sup> Lacan, J., Seminario 15, “Problemas cruciales”, inédito.

<sup>11</sup> *Ibíd.*

<sup>12</sup> Musachi, G., *Encanto de erizo. Feminidad en la historia*, “GLTBI” Katz, Bs. As., 2017, p. 13.

<sup>13</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro 19, ...o peor, op. cit.*, p. 98.

<sup>14</sup> Copjec, J., *El compacto sexual*, Paradiso Editores, México, 2011, p. 11.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 13.

<sup>16</sup> Laurent, E., “El Unarismo lacaniano y lo múltiple de las conductas sexuales” (1 de enero 2020) y “El Unarismo Lacaniano y la Variación de las Conductas Sexuales” (7 de marzo 2020).

<sup>17</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro 19, ...o peor, op. cit.*, p. 104.

<sup>18</sup> Ellis, H., *La inversión sexual*, Partenon, Bs. As., 1947, p. 35.

<sup>19</sup> Platón, *El Banquete*, Ediciones Orbis, S. A. Hyspamerica, Barcelona, 1983, p. 41.

<sup>20</sup> Preciado, B., *Un apartamento en Urano*, Anagrama, Barcelona, 1919, p. 27.

<sup>21</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro 19, ...o peor, op. cit.*, p. 93.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 102.

<sup>23</sup> Brousse, M.-H., “El agujero negro de la diferencia sexual”, *Rayuela*, en <http://www.revistarayuela.com/es/006/template.php?file=notas/el-agujero-negro-de-la-diferencia-sexual.html>

<sup>24</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro 19, ...o peor, op. cit.*, p. 163.

<sup>25</sup> Musachi, G., *Encanto de erizo. Feminidad en la historia, op. cit.*, pp. 9-10.

<sup>26</sup> Preciado, P. B., *Testo yonqui. Sexo drogas y biopolítica*, Paidós, Bs. As., 2014, p. 104.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 291.

<sup>28</sup> Preciado, P. B., *Somateca*, en <https://www.museoreinasofia.es/actividades/somateca-presentacion-programa-practicas-criticas?fbclid=IwAR06maiENTxdnWy3-lAr0xHpLtE6DzyHOS3Zd7Y4WvVxQkZKp-zEW3kDzK4>

“Teca” es un sufijo del griego antiguo que significa “caja”. Este sufijo compone otras palabras, sustantivos femeninos, indicando el lugar donde se almacena, da cuenta de la colección siempre susceptible de sumar otro elemento.

<sup>29</sup> Lacan, J., Seminario 26, “Topología y tiempo”, inédito.